

rándose del orden comunmente seguido, y sin imitar á ninguno, y tomando de todos lo que mejor ha parecido, ni aun presenta la cruz latina, y es, sin embargo, un monumento que contiene grandes bellezas, bastantes para ocultar algunos defectos. ¿Como si quisiera participar de las construcciones que le rodean, ha adoptado de todos los estilos de la arquitectura, así como de las formas en uso, en los siglos XII, XVI y XVII, sin que falten estatuas, columnas, chapiteles y frontones, pero sin responder en su conjunto á ninguna forma especial.



Iglesia de San Agustín.—Dibujo de F. Thorigny.

Lo que este género de construcciones tenga de conveniente, no hemos de cuestionarlo aquí, por de pronto se trata de innovar, y aunque innovador fué Churriguera, no presidió en todas sus innovaciones el buen gusto, aunque hemos visto en Salamanca, en el edificio monumental de la

Compañía, el extraño maridage de varios órdenes de arquitectura, y haciendo muy buen efecto.

San Agustín solo tiene una nave de cuarenta metros de longitud, y la linterna de la media naranja se halla á cien metros del suelo.

SEGUNDA SERIE.—1866.

AÑO XXIV. 36

Confiada su ornamentación á los artistas mas distinguidos, han tratado de hacer y han hecho un verdadero monumento religioso.

NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES

DE SAN VICENTE LA BARQUERA.

Ignórase el año en que fué construida la iglesia parroquial de esta villa, una de las cuatro de la costa de Cantabria; pero sin duda debió ser posterior al de 1248, que corresponde al de 1210 de nuestra era, porque existe una real cédula despachada á 3 de abril de aquel año por el rey don Alonso VIII y su mujer la reina doña Leonor, por la cual dan á Miguel, su escribiente y amado criado, la iglesia *con tal que la haga* y la provea de clérigos, lámparas, campanas, ornamentos y todas las cosas necesarias. Posteriormente se aumentó este templo por los vecinos de dicha villa; y no habiendo alcanzado el dinero de que podían disponer, tomaron prestados del conde de Buendía 1.500 ducados, para cuyo pago solicitaron del gobierno que les cediera por ocho años el vino que rentaba la fábrica, sobre cuya pretension el emperador Carlos V espidió una real orden en 9 de setiembre de 1534 pidiendo informe al corregidor ó juez de residencia de las cuatro villas de la costa del mar Cantabro. Esta obra debió concluirse el año de 1561, porque se halla grabada esta fecha debajo del coro, aunque sin expresar el motivo de haberla puesto. Se dice por tradición que el altar mayor estaba al Poniente, y que al hacerse aquel aumento se colocó al Oriente como se halla hoy. Lo cierto es, que la torre que sirve de campanario está colocada sobre el altar mayor contra lo que se observa generalmente en todas las iglesias.

Situada ésta en una eminencia al poniente del pueblo y 500 piés sobre el nivel del mar, goza de una perspectiva pintoresca. Encima de la puerta principal, que se halla al Mediodía, están las armas reales y las de la villa, consistiendo éstas en un navío á toda vela, símbolo del que en el día 3 de mayo de 1248 rompió el puente de barcas que, sujetas con cadenas de hierro, cruzaba el río Guadalquivir, y con cuyo rompimiento se facilitó la toma de Sevilla que ocupaban los moros. Dicho navío estaba tripulado por hijos de esta villa y de los de Santander, Laredo y Castro Urdiales, que son las cuatro de la costa de Cantabria. En medio de unas y otras armas hay una cruz, todo de piedra, y á los dos lados de dicha puerta diez figuras, también de piedra, de tamaño pequeño. Tiene otras dos puertas al Norte y Poniente, correspondiendo las tres á la magnificencia del templo, que se compone de tres naves divididas por dos hileras, cada una de seis columnas de piedra sillería, que sostienen los arcos sobre que descansa la bóveda. Las dos columnas mas inmediatas al presbiterio abren mas que las otras, de forma que, al entrar en la iglesia por cualquiera de las tres puertas, se ve de lleno el altar mayor: circunstancia que se advierte en pocos templos de tres naves. El coro es alto, sostenido por cuatro columnas revestidas por un lado las dos del frente con cal para encubrir las escaleras de caracol por donde se dice que subían y bajaban antiguamente los beneficiados, que eran diez y ocho, catorce de ración entera y cuatro de media, todos patrimoniales, con residencia fija en esta villa, pero con la obligación de servir desde ella otras seis parroquias, distantes desde una á dos leguas.

La obra del templo es de arquitectura gótica; pero lo mas admirable que se ofrecia á la vista es la circunstancia de estar fabricadas de piedra sillería las cuatro paredes en toda su elevación interior y esteriormente. Hoy no puede hacerse esta observación, porque la bárbara mano del albañil embadurnó con su paleta el año de 1857 todo el interior del templo y las paredes exteriores de Saliente y Mediodía, cometiendo esta herejía del arte. No seria mal gastado el dinero que se invirtiese en reformar este error, despojando á las paredes de esta capa que las cubre.

Todo el edificio está circuido de una muralla con una sola entrada al Oriente: y por cierto que, teniendo esta entrada 28 piés de anchura, creyeron algunos que estaria mas bonita cuanto mas estrecha; y poniendo manos á la obra, mandaron cerrarla con un enrejado fijo de hierro, dejando una puerta de solo 9 piés de ancho. Ya que hubo este mal gusto, mejor hubiera sido haber hecho el enrejado de forma que se plegara para que el paso de los concurrentes al templo estuviera franco y desembarazado como lo estaba hace tres ó cuatro años. Y puesto que no se hizo así, tampoco podría decirse mal gastado lo que costara quitar dicho enrejado, dando por perdidos los 9.000 ó mas reales que costó ponerle y embarrar el templo.

La altura de éste corresponde á los 149 piés que tiene de largo y 67 de ancho, sin contar los huecos de las cuatro capillas del Santísimo Cristo, del Cristo del Miserere, de Nuestra Señora de los Dolores y de San Antonio de Pádua, entre las que sobresale ésta, que es la primera del lado del Evangelio y que mandó reedificar á sus expensas don Antonio del Corro, natural de esta villa y uno de los primeros inquisidores que hubo en Sevilla. Hay en ella tres panteones, en uno de los cuales está la estatua de dicho inquisidor, de cuerpo entero en actitud de estar acostado en la cama, reclinada la cabeza sobre el brazo derecho y con un libro abierto en la mano izquierda. Esta estatua y su peana son de piedra alabastro y fueron fabricadas en Génova, estando tan perfectamente acabadas, que son admiración de todos los inteligentes, teniéndolo por obra maestra en su clase. En el frente de la peana hay una inscripción que dice:

Hic iacet. Licenciatus
Antoni⁹ del Corro:
vir preclar⁹ morib⁹
et nobilitate. ac
perpetuo memorie
dign⁹ Canonic⁹ His
palensis. ac ibidem
contra hereticam
pravitatem a Chato
licis Regib⁹ Ferdinando
et Elisabeth usq³ ad su⁹
obitum apostolic⁹ In
quisitor et. huius
alme ecclesie tanq³
naturalis utiq³ Be
ficiatus qui obiit
vigesima nona die
mensis juli anno
1556 etatis vero sue

84

En cada uno de los dos lados de la peana hay un querubín de media talla y del mismo alabastro, en medio de

los cuales están las armas de la casa con el lema «*Adelante por mas valer los del Corro.*» Cada uno de los querubines tiene un rótulo, que dice el primero:

El que aquí es
ta sepultado
no murió

Y el segundo dice:

Que fué partida
su muerte
para la vida.

El cabildo eclesiástico de esta villa celebra cada año el 30 de diciembre una misa cantada con diácono y subdiácono y echa un responso, todo por el alma del citado rey don Alonso VIII en memoria de los muchos privilegios que concedió á esta referida villa por dicha real cédula de 3 de abril de 1248.

Este aniversario lo paga el ayuntamiento y asiste á presidir el duelo.

LUIS FERNANDEZ DE VAROJA.

EL NAUFRAGIO DE LA MEDUSA.

Inglaterra había restituido á Francia, por los tratados de 1814 y 1815, el territorio que se extiende sobre la costa occidental del Africa, desde el Cabo Blanco hasta la embocadura del río Gambia.

El 17 de junio de 1816, partió una expedición de la rada de la isla de Aix, para tomar posesión de este territorio y colonizarle; esta expedición se componía de cuatro buques: la fragata la *Meduse* de cuarenta y cuatro cañones, la corbeta el *Echo*, el bergantín el *Loira* y el brick el *Argus*.

El comandante de esta expedición, llamada del «Senegal» era un tal Mr. Hugo Duney de Chaumareys, natural de Vass, caballero de San Luis, y de edad de cincuenta años. Había sido teniente de navío antes de 1793; pero había ya mas de veinte y cinco años que había dejado de ejercer su profesión. Además, era un hombre de un carácter ligero, descuidado, y sobre todo egoísta. Le acompañaba un oficial extranjero, en su estado mayor, llamado Richefort, y era la persona de quien se aconsejaba para no verse reducido á demostrar su inesperienza á sus subordinados; éste Mr. Richefort era también hombre poco experimentado y de una presunción escensiva.

El principio de la navegación no ofreció ningún incidente notable. La marcha de la *Meduse* era superior á la de los otros tres buques. Mr. de Chaumareys, no queriendo sujetarse á vigilarlos, resolvió adelantarlos y caminar directamente á toda vela hacia el punto de la expedición; era este el primer olvido de sus deberes.

Las instrucciones de Mr. Chaumareys le prescribían reconocer el Cabo Blanco; pero no se cuidó de esta orden, y hacia ya mucho tiempo que le había traspasado, cuando algunas personas se divirtieron designándole este Cabo como una nube que se distinguía en el horizonte.

Las mismas instrucciones le recomendaban que recorriese veinte y dos leguas á lo ancho, después de haber recorrido el Cabo Blanco, y de no volver á tierra sino tomando las mas grandes precauciones con la sonda en la mano. El *Echo*, el *Loira* y el *Argus*, que tuvieron cuidado de arre-

glarse á este prudente aviso, llegaron sin accidente alguno á San Luis; pero Mr. de Chaumareys, siempre preocupado con el pensamiento de llegar lo mas pronto posible, después de haber marchado mas allá del Cabo Blanco, del Este al Oeste, tomó de repente la dirección del Sur é hizo ruta hacia Portendia.

Muchos pasajeros, que conocían bien los peligros de estas costas, comenzaron á alarmarse; creían sobre todo por mas esencia evitar el banco de Arguin, que se extiende á mas de treinta leguas á lo largo; pero los jefes se encogieron de hombros y se despreciaron aquellas advertencias.

El 2 de julio, desde el amanecer, se observaron muchas yerbas en derredor de la *Meduse*; se cogían pescados que se alejan poco de la costa; el color del agua no era el mismo; á las once y media anunció el piloto que se encontraba en el banco. Los oficiales quisieron retroceder. Richefort, el hombre de confianza de Mr. de Chaumareys declaró que no había motivo de alarma, y en su consecuencia Mr. de Chaumareys, mandó aumentar las velas; muy pronto la sonda dió quince brazas, luego nueve y después seis. Todavía se podía evitar el peligro, pero se vaciló: dos minutos después, á las tres y cuarto de la tarde, se sintió un fuerte sacudimiento: la fragata había chocado, y el susto se pintó en todos los semblantes. Un oficial, Mr. Lapeyrère se acercó á Richefort y le dijo con vehemencia: «Ved á donde nos ha conducido vuestra terquedad.»

Se quisieron tomar las disposiciones ordinarias para sacar la fragata de encima del banco; pero la vacilación y la indisciplina fueron la causa de que no se pudiera conseguir: se pasaron en ensayos infructuosos no solamente el fin del día 2, sino además los días 3 y 4: después de haber arrojado al mar una parte de la carga del buque, se obtuvieron algunas probabilidades de salvación. En la noche del 4 al 5, el cielo se oscureció, se levantó el viento, engrosó el mar, y la fragata se hallaba cada vez mas violentamente sacudida. A eso de las tres, el maestro calafateador, vino á decir, que se había abierto en el buque una vía de agua, y que se iba á inundar. Se pusieron á trabajar en las bombas, pero inútilmente. La quilla se rompió en dos partes, se desprendió el timón, pero detenido por sus cadenas chocaba fuertemente contra la popa.

El 5, al rayar el día, habiendo penetrado el agua hasta el entrepuente se decidió que era necesario abandonar la *Meduse*.

Había á bordo seis embarcaciones, pero no eran suficientes para contener mas de cuatrocientas personas que estaban sobre la fragata. Así es que después de cuarenta y ocho horas se preparó una balsa de 20 metros de longitud por 7 de ancho. Se componía de los mástiles de la fragata, vergas, etc. Estas diferentes piezas estaban juntas las unas contra las otras por medio de fuertes amarrajes. Dos mástiles formaban las piezas principales y estaban colocados sobre los costados; otros cuatro mástiles, dos de ellos de la misma longitud y de la misma fuerza que los primeros, se habían reunido apareados en el centro de la máquina. Planchas claveteadas formaban una especie de punta. Esta construcción, bastante imperfecta, no se había acabado enteramente.

A las siete de la mañana (5 de julio) descendieron de bordo á la balsa ciento veintidós militares (oficiales y soldados de tierra), después veintinueve marinos y pasajeros y una mujer; la balsa estaba cargada de ciento cincuenta y dos personas.

El gran bote de bordo recibió treinta y cinco personas,

entre las cuales estaba el gobernador y su familia. El bote mayor recibió cuarenta y dos personas; el bote del comandante veintiocho; la chalupa ochenta y ocho, y otro bote veinticinco; la embarcación mas pequeña recibió quince.

Mr. de Chaumareys, en lugar de quedar el último á bordo como el honor se lo exigía, se embarcó en su bote por una de las maniobras de la gente de proa, cuando había sobre la fragata mas de sesenta hombres. En su indignación algunos de estos hombres quisieron hacer fuego sobre él. Sin embargo, no quedaron definitivamente sobre la *Meduse* mas que diez y siete individuos, que no quisieron confiarse á la chalupa, demasiado cargada y en mala disposición para sostenerse.

Se dió la señal de partida. La balsa, remolcada por las seis embarcaciones, se alejaba de la fragata á los gritos de: ¡viva el rey! El valor no faltaba: las dunas del Sahara estaban á unas 12 leguas, y los jefes de las embarcaciones habían jurado no abandonar la balsa: debían salvarse todos ó perecer todos juntos.

Se habrían separado como unas dos leguas de la fragata, cuando se produjo una confusión entre las lanchas. La chalupa se hallaba en peligro, y procuraba hacer entrar una parte de sus hombres en las otras lanchas, que se negaban á recibirlos. Una de las lanchas, situada la tercera, para evitar un choque, abandonó el remolque, de manera que la balsa no era ya tirada mas que por dos embarcaciones. Bien pronto éstas, viéndose solas, se desanimaron; ¿los últimos remolques se rompieron ó se cortaron voluntariamente, ó no? Esto es lo que ha sido siempre difícil de investigar en medio de las relaciones contradictorias que se hicieron después del acontecimiento.

Los ciento cincuenta y dos desgraciados que se hallaban sobre la balsa no podían creer que se los quisiera abandonar, esperaban ver volverse á reunir las lanchas; pero después de una larga y vana esperanza, cuando vieron que las embarcaciones desaparecieron una á una en el horizonte, fué preciso reconocer que aquello se había convertido en un «sálvese quien pueda,» y que era necesario no contar con ellos.

Primero se miraron estupefactos. Luego, poco á poco, los mas inteligentes procuraron reanimar á los desalentados, y comenzaron á darse cuenta de su situación: ¡era horrorosa!

Los ciento cincuenta y dos náufragos estaban de tal modo oprimidos los unos contra los otros que apenas podían moverse. Uno de los primeros cuidados fué saber si había provisiones, pues muchas personas gritaban ya que tenían hambre. Se supo que había solamente seis barricas de vino, dos cubas de agua y un saco que contenía veinticinco libras de galleta mojada y reducida á pasta. En el momento de la partida, como la balsa se sumergía bajo el peso de los hombres, habían arrojado imprudentemente al mar algunos barriles llenos de harina. El hambre era inevitable.

Se ocuparon en seguida en los medios de dar dirección á la balsa. ¿Había allí algun comandante? Un aspirante herido, llamado Coudein, se designó para este puesto y él aceptó. El pobre jóven no se encontraba en situación de hacer ningun servicio. Le habían asegurado que la balsa estaba abastecida de cartas, de compases de camino y de un ancla; pero se vió después que todo esto se había olvidado. Un maestro carpintero llevaba una brújula del tamaño de un escudo de seis libras; la desgracia quiso que desde la hora tercera cayera y desapareciese entre las piezas de madera que componían la balsa.

A la mitad del día, se mezcló la parte de galleta marina con un poco de vino y se dividió en ciento cincuenta y dos partes. Toda la provision, hasta insuficiente para una comida, fué agotada al momento.

La noche fué horrorosa. Se arrojaban violentamente los unos contra los otros cada vez que las olas levantaban uno de los extremos de la balsa, é incesantemente se escuchaban gritos de desesperación. Cuando amaneció se vió que habían desaparecido muchos hombres; doce de ellos cogidos por los pies en los trozos de la madera del borde de la balsa tenían sus cuerpos sumergidos en el mar: uno solo de entre ellos pudo reanimarse y volver á la vida mediante los cuidados de sus dos hijos.

El hambre y la desesperación comenzaron á alterar la razón de la mayor parte de los náufragos.

Sin embargo, el segundo día se presentó hermoso y se concibieron algunas esperanzas de salvación; pero cuando llegó la noche el tiempo se presentó borrascoso. Hombres y mujeres, arrastrados bruscamente de un extremo á otro de la balsa, se herían y caían: muchos se ahogaron aquella noche.

Los soldados y los marineros fueron atacados de una especie de demencia que horrorizaba. Se lanzaron sobre los barriles del vino y bebieron con exceso. Entonces se pusieron furiosos, y empezaron á gritar que se quería hacer una traición con ellos, que era necesario morir juntos, y efectivamente proyectaron destruir la balsa cortando las amarras. Los oficiales y los pasajeros que habían conservado su razón, que no llegaban al número de veinte, se opusieron á esta tentativa, y se empeñó allí un terrible combate de hachas, sables y bayonetas, mientras que la luna alumbraba esta espantosa escena. La lasitud dió treguas á la pelea, pero los asaltos se renovaban á cada momento. A los primeros rayos del día se vió que durante la noche habían perecido sesenta y dos hombres; una cuarta parte de este número se había ahogado. Durante el tumulto las dos únicas barricas de agua que existían, y otras dos de vino habían caído al mar. No quedaba mas que una sola barrica de vino, para distribuirla entre las sesenta personas que habían sobrevivido.

Por la mañana creyeron divisar tierra, pero ¿cómo aproximarse á ella? No había mas que una vela y la presentaban á todos los vientos. Se hizo una distribución de vino. Luego se propusieron pescar con las baquetas de los fusiles y las bayonetas, pero no se consiguió nada.

Aquella misma tarde comenzaron los primeros actos de canibalismo: algunos hombres, cediendo á los instintos feroces del hambre, se precipitaron sobre los cadáveres de la balsa, los destrozaron y los devoraron. Las personas á quienes repugnaba este espectáculo procuraron comer pedazos de lienzo, de sombreros, pero no pudieron.

La tercera noche fué tranquila; se hallaban todos abatidos y debilitados; se apiñaron los unos contra los otros para evitar caer en el agua mientras dormían.

Al amanecer del cuarto día se contaron doce muertos.

Por la tarde á las cuatro pasó por encima de la balsa un banco de peces volantes, y unos doscientos se quedaron prisioneros entre los extremos de las piezas de madera. Con el auxilio de algunos cordeles y un poco de brea se pudo encender fuego y cocer estos pescados; pero como esta provision era tan reducida, algunos individuos pusieron sobre el fuego varios trozos de carne humana. Por la primera vez los oficiales y los pasajeros que formaban causa común con ellos se resignaron á probar este repugnante

alimento; desde este instante quedó vencida la revolución del alma y la de los sentidos.

Durante la noche siguiente, hubo un nuevo degüello. Españoles, italianos y negros, que hasta entonces habían permanecido neutrales, formaron un complot para arrojar al mar á todos los compañeros. A la mañana siguiente no quedaban vivos sobre la balsa mas que treinta individuos contusos, heridos, y reducidos á tal debilidad que no había veinte que pudieran andar.

En el curso del sétimo día, un niño de doce años llamado Leon «se estinguió como una lámpara que cesa de arder por falta de alimento.»

Sorprendieron á dos militares, que habiéndose escurrido detrás de la barrica del vino se estaban bebiendo el poco que había quedado. En conformidad con la ley que se había establecido, fueron precipitados al mar.

Ya no quedaban mas que veinte y siete personas, y de este número solo había quince que pudieran encontrarse en estado de vivir algunos días mas; los otros, cubiertos de heridas mortales, habían perdido completamente la razón, y ni aun se les podía alimentar. Los quince deliberaron. Se decidió que se arrojase al mar los doce heridos. Tres marineros y un soldado se encargaron de esta ejecución. Entre estas víctimas que imploraron vanamente la piedad de sus compañeros, se encontraba una mujer y su marido, que muchas veces se habían salvado de la muerte durante las noches borrascosas y los asesinatos. La mujer había sido cantinera por espacio de veinte años; se le había roto un muslo, y un sablazo le había hecho al marido una profunda herida en la cabeza.

Después de este horroroso acontecimiento, todas las armas, á escepcion de un sable, fueron arrojadas al mar.

Se hallaban en el día noveno. Una palomita blanca vino á caer encima de la balsa; se posó sobre una vela, cuyo signo dió un poco de esperanza, pues no debían encontrarse muy distante de la tierra. Se distinguió en seguida otro pájaro, que fué otro augurio acogido con extraordinaria alegría; quisieron apoderarse de esta ave, pero no lo pudieron conseguir.

El décimo día, rodeó la balsa una tropa de cetáceos, sobre los cuales se descargaron algunos sablazos pero no se pudo herir á ninguno. El hambre, la sed, las heridas, la debilidad de la inteligencia, iban destruyendo poco á poco la vida de todos los naufragos.

El día 16, ocho de estos desgraciados, proyectaron construir otra balsa mas pequeña y ponerla encima, esperando por este medio probabilidades de llegar mas pronto á la costa, pero no pudieron trabajar.

El 17, amaneció con un cielo puro. Un capitán de infantería lanzó un grito: acababa de distinguir un brick en el horizonte. Se subieron á los mástiles y agitaron pañuelos de diferentes colores. Durante una media hora, vieron que el brick se aproximaba, pero desapareció. El delirio de la alegría se convirtió en el de la desesperación. Resolvieron trazar con una punta acerada sobre una tabla algunas líneas acerca de este viaje y que se firmaría por todos. Levantaron una pequeña tienda con varios restos de la fragata para guarecerse contra el frío y los quince se refugiaron en ella.

Dos horas después, un artillero se levantó, y apenas había sacado la cabeza fuera de la tienda, gritó estendiendo los brazos hacia el mar: «¡Salvados, el brick está sobre nosotros!»

En efecto, á una media legua, el brick el *Argus* á toda vela, caminaba hacia la balsa. A dos tiros de fusil, aminoró

sus velas y descendió al mar una lancha. Los quince naufragos, casi desnudos, incapacitados para poder andar, fueron trasladados con grande precaución sobre el buque. Les dieron un poco de caldo, se calmó el delirio de muchos y pudo sostenerse su existencia. El 19 de julio desembarcaban en San Luis. Cinco murieron algunos días después. Entre los diez que sobrevivieron dos son únicamente conocidos: Mrs. Corveard, ingeniero geógrafo, y Savigny, cirujano.

En este lamentable drama del naufragio de la *Meduse* las escenas de la balsa, son las mas aterradoras; por eso han quedado en la memoria pública; se sabe mucho menos acerca de las embarcaciones que abandonaron la balsa.

Las lanchas de Mr. Chaumareys y del gobernador llegaron á San Luis sin haberse espuesto á ningun peligro grave, pero las otras embarcaciones no fueron tan dichosas, pero todas se salvaron con mas ó menos pérdida de gente.

La mayor parte de los naufragos debieron quedar mucho tiempo en el hospital de San Luis. Corveard refiere, que los oficiales de la guarnición inglesa y de la expedición del interior del Africa, se mostraron muy solícitos para dar á los franceses todos los socorros que necesitaban.

La noticia del naufragio llegó á Francia. Mr. de Chaumareys fué llamado. El 3 de marzo de 1817 compareció delante de un consejo de guerra marítimo, á bordo del navio almirante en Rochefort. Declarado culpable por impericia, fué borrado de la lista de los oficiales de marina, privado de la intervención de todo servicio y condenado á tres años de prisión militar.

Dos de los naufragos, A. Corveard, ingeniero geógrafo, y H. Savigny, cirujano de navio, á su regreso á Francia publicaron una relación del naufragio, que fué leída con avidez en Francia, y después en toda Europa, inspiró á Gericault el cuadro de la *Balsa de la Medusa*, cuya ruda energía admiró al principio, pero que hoy se conserva en el museo del Louvre, y se considera como una de las obras maestras de la escuela francesa.

T. D. J.

LISBOA Y SUS ALREDEDORES.

«Quien no ha visto á Lisboa, no ha visto cosa boa,» dijo un portugués, amante como lo es cada uno de su patria; y en verdad que merece ser vista la capital de ese reino que se desmembró de la corona de Leon y Castilla en el siglo XII, que le recobró Enrique I y Felipe II, para volverse á perder pronto, y que hoy pudiera formar parte de nuestra monarquía, sin desdoro, por supuesto, de portugueses ni españoles.

El aspecto que presenta á primera vista esa capital de 260,000 habitantes es magnífico, pues sentada en la embocadura del Tajo, que se estiende majestuosamente y forma una de las desembocaduras mas bellas del mundo, y construida en forma de anfiteatro, se presenta pintoresca e imponente, y rodeada de una de las mas bellísimas campiñas que imaginarse pueden.

La parte nueva, porque esta ciudad fué destruida por el terremoto de 1.º de noviembre de 1755, que tambien se sintió en España, y aun en Madrid, por lo que aun se conmemora este suceso, tiene calles rectas, anchas y aseadas: la parte vieja es fea y las cuevas que hay por todas

partes causan grande molestia. El puerto, ó mas bien su excelente rada, es el único militar del reino, y el único tambien que tiene arsenales. Su movimiento es muy notable; mas no así el del muelle.

Las plazas del Palacio y del Rosario, las calles de *Dauro*, *Augusta* y *Da Prata*, la catedral, de construcción antigua y restaurada á la moderna, la iglesia de San Roque, cuya soberbia capilla fué llevada de Roma, donde Juan V la habia hecho construir; San Antonio y Jesus, los palacios reales de Ajuda, Bemposta y Necesidades, el real monasterio de Belem, antes ermita donde oró Vasco de Gama al partir al descubrimiento de las Indias, el nuevo teatro de doña Maria, el de San Carlos y algunos otros notables edificios, son dignos de ser visitados.

En Belem se encierran gloriosas memorias, notabilidades artisticas de todos géneros, y los restos de muchos reyes y reinas. Hay tambien una sala llamada de los *Reyes*, por contener los retratos de todos los reyes de Portugal.

El convento sirve hoy de Casa-Pia, ó establecimiento de enseñanza pública.

Este edificio es distinto del palacete ó quinta de Belem, no muy distante del palacio de Ajuda, y á la orilla tambien del Tajo, morada predilecta de don Miguel, de la reina doña Carlota, de doña Maria II y del rey don Fernando.

El palacio de las Necesidades, no deja duda en su exterior que fué un convento de monjas, pero tiene bellos jardines que ha embellecido mucho el rey don Fernando.

El palacio de Mafra, en las montañas de Cintra, es una de las mejores residencias reales, y hace honor al reinado de don Juan V en que se construyó. En el vestibulo, llamado la Galilea, y en varias capillas, hay colocadas hasta cincuenta y ocho estatuas de mármol de Carrara, algunas de indisputable mérito, rodean al palacio parques, jardines y un bosque cerrado de tres leguas portuguesas, poblado de jabalíes, ciervos y toda clase de caza.

Pero volviendo á Lisboa, no debemos dejar sin muy especial mencion el famoso acueducto de Alcántara, que «parece obra de los gigantes que quedaron de la edad de los héroes.»

La Real fundicion, el arsenal del ejército, la *Alfandega*, la casa de Moneda, el antiquísimo castillo de San Jorje, algunas fábricas de la corona y varios palacios de ricos señores, merecen ser vistos.

Los suprimidos conventos han dado abundantes y preciosos materiales para una magnífica biblioteca, no así para museo de pinturas, que en este género hay poca ó casi ninguna riqueza en Lisboa. La Biblioteca Nacional fué fundada por doña Maria I, cuya estatua colosal, esculpida en mármol blanco, se ve en el centro de una de las salas mayores.

Es raro, en verdad, que en un país que participa de muchas de las costumbres y gustos del nuestro, que ha sido casi igual en historia y vicisitudes, y que es una parte integrante de esta Península, patria de Murillo y Velazquez, de Ribera y Cano, se vea tanto abatimiento en las bellas artes, y no siguiera el ejemplo de España.

Quizá la mucha estension de la ciudad la haga aparecer casi desierta, pero es lo cierto que, ni aun en las mayores fiestas, se ve ese apiñamiento de gentes que en las grandes poblaciones; así que entristece la soledad de las calles, á la que contribuye sin duda el recogimiento que hay allí en las familias, y lo poco que, particularmente las mujeres, salen de casa, pues hasta es muy comun el que oigan misa en las capillas, que abundan en sus hogares.

El trato y la sociedad son sumamente bondadosos, y los españoles son afectuosamente acogidos por portugueses y portuguesas.

Las corridas de toros tienen tambien sus aficionados; pero carecen de espadas, lidiadores y *jinetes* que puedan competir con los nuestros en el difícil y arriesgado arte de sortear, picar y matar á las indomables fieras de sus agrestes montañas. En su plaza de Santa Ana, de madera y fea, corren toros embolados los *Capinhas* y *Caballeiros*, parodia torpe y pobre de nuestros chulos y picadores. Pero lo que mas llama la atencion son los *pegadores portugueses*, que hace algunos años vimos en Madrid.

Lisboa, pues, que ocupa una estension á la orilla del Tajo de 3 leguas, y presenta uno de los mas magníficos panoramas, merece ser visitada; y sobre todo sus alrededores, donde hay preciosas casas de campo y amabilísimos anfitriones.

EL MONASTERIO DE YUSTE Y CARLOS V.

I.

Destino ha sido muchas veces de la España, asombrar al mundo con sus hechos, ostentándolos grandes y gloriosos en su peregrina historia.

A siete leguas de Plasencia, en el centro de su vera y sobre un terreno montuoso y vivo, se destaca el célebre monasterio de la orden de San Gerónimo de Yuste, sirviéndole de fondo por el N. una sierra negra, elevada y compacta y rodeado de abundantes y perennes raudales de agua, que sobre saludable hacen deliciosa aquella mansion de retiro, en la que se reconcentra el ánimo, se recrea la imaginacion y se eleva el alma á Dios.

Abrasado el convento por los franceses en 1810, con todas sus dependencias, reedificaron despues los monjes provisionalmente gran parte.

Salvada, por su elevacion, la iglesia del incendio, y el palacio tambien, tiene bajo las gradas de azulejos del altar mayor un pequeño oratorio, en cuya bóveda de ladrillo se halla suspendido de grandes argollas y fuertes cordones de seda, el ataúd exterior donde en el mismo sitio se depositó el cadáver de Carlos V. En un coro bastante espacioso sobre el cancel de la puerta principal, hay una sillería de nogal muy bien trabajada con algunos bajos relieves alusivos á la ida del emperador á aquella casa; que fué en medio de un numeroso concurso de gentes del país, que habian acudido al ruido de los preparativos que para recibir al régio huésped se hacian, disputándose agarrar la silla de manos en que le condujeron, pues ni aun hoy admite carraje el terreno. Los de Cuacos, en cuya jurisdiccion está situado el monasterio, le trasportaron desde lo alto de la sierra, en premio de cuyo trabajo pidieron vino, y lo bebieron en tanta abundancia, que embriagados como cueros, dieron motivo á que se les retratase en uno de los respaldos de las sillas del coro.

Alojado el emperador con la mayor pompa posible, no le faltó regalada y abundante mesa, conservándose para ella acotados los gargantizos muy abundantes en truchas, y lo mas rico y selecto de las esquisitas producciones de toda la vera.

En los dos pisos del palacio con salones espaciosos y techos artesonados, el que estaba pared por medio del al-

tar mayor, servia de alcoba, y allí estuvo la cama donde dormia y murió el emperador, la cual se veía por una gran ventana abierta en el lado de la Epístola, formando notable contraste el *lecho de ceniza* en que los aduladores de aquella época suponen murió Carlos V con los magníficos adornos de su gabinete, conteniendo espejos de cuerpo entero con anchos marcos de ébano y florones esquisitos de bronce dorado á fuego. También, dice un visitador del monasterio, dá un testimonio irrefragable de la vida penitente, silenciosa y solitaria de nuestro monje, la azotea que la ciudad de Plasencia edificó á sus espensas, con un espolon, hoy muy deteriorado, que sobre un arco se elevaba hasta la azotea, desde la puerta exterior del jardín: por ésta salía de paseo á caballo por no consentir ruedas el terreno, y aun se conserva inmediata á la columna izquierda ó entrada á la azotea la banqueta de piedra de que usaba para ponerse á caballo. Al jardín dan vista todas las luces del palacio y azotea; magnífico y espacioso, tenia muchos cipreses, hermosas calles y laberintos de bosques, un gran estanque abundante en tencas y árboles frutales de todas clases.

Las pingües rentas del monasterio pasaron unas al Escorial con los restos del emperador, y otras fueron enagenadas por los monjes; conservando aun excelentes heredades de olivo y viñas con bastante tierra de regadío en la granja, posesion cercana al monasterio, cuya finca es hoy propiedad particular, y está clamando por aplicacion industrial, para lo que tantos y tan poderosos elementos tiene.

II.

Este sitio que, si propio para el recogimiento no carecia de encantos, fué el elegido para acabar sus dias, por el hombre que, despues de haber ocupado cuarenta años el mundo con sus hechos, se decidió por uno de los actos más extraordinarios á renunciar al más vasto poderío. Allí se refirió el potentado al cual se ha atribuido el primer pensamiento de la monarquía universal, y el que tanto elevaba su pensamiento, el que tanto remontó el vuelo de su ambicion, el que conquistó tantos laureles y adquirió tanta gloria, descendió voluntariamente del trono mas enaltecido del mundo á un convento, del esplendor de la corte á la soledad del claustro, y del belicoso ruido de los campamentos á la silenciosa mansion de unos monjes que solo se reunian para orar á Dios.

Y no es porque sufriera ninguno de esos reveses que casi hacen necesaria una abdicacion; todo lo contrario. Don Carlos se hallaba en el apogeo de su gloria; ocupaba el mayor imperio del mundo, empezando á decirse entonces que jamás se ponía el sol en los dominios españoles, cuyo poder se extendía á la Alemania, á los Países Bajos y á la Italia, á las islas del Mediterráneo, á la costa septentrional de Africa y á los inmensos estados de la América recientemente descubiertos. Por esto fué singular su pensamiento en su siglo y con su ambicion, y le tuvo mucho tiempo antes de que lo realizara.

Pregúntase un historiador extranjero: ¿Se arrepintió pronto de su abdicacion, como se ha pretendido, ó siguió celebrando su retiro y agradándole su reposo? ¿Cuál fué su vida en el monasterio de Yuste? ¿Permaneció alejado á todos los negocios del mundo, como se ha creído largo tiempo, ó intervino por el contrario en la mayor parte de los sucesos de aquella época, tan fecunda en acontecimientos

políticos y militares? ¿Su espíritu, fatigado por incesantes trabajos y largas enfermedades, se debilitó con la devocion ó conservó su lúcida integridad, su previsora firmeza, su altura dominadora?

Objeto de grandes discusiones todo esto, recibe cada dia nueva luz con la publicacion de desconocidos documentos, que mientras no salgan todos de los archivos, no podrá decirse que poseemos la verdad histórica. El primer paso le dió el antiguo canónigo de Plasencia don Tomás Gonzalez, reuniendo en un tomo manuscrito una de las mas preciosas colecciones de documentos, especialmente sobre los proyectos de retiro de Carlos V, su estancia, sus ocupaciones, los diversos incidentes de su existencia, sus enfermedades y su muerte en el monasterio de Yuste. En esta importantísima coleccion hay cartas del emperador, de su hijo Felipe II, de su hija la princesa doña Juana, que gobernaba la España en ausencia de Felipe II, de su mayordomo Luis de Quijada, de su sumiller de corps Juan de Poupet, de su secretario Martin de Gaztelu, de su médico Enrique Mathys, que le siguió al monasterio, del gran comendador de Alcántara don Luis de Avila y Zúñiga y del arzobispo de Toledo Bartolomé de Carranza, que le visitaban, y del primer secretario de Estado Juan Vazquez de Molina, que desde Valladolid le comunicaba todos los sucesos que se sometían á su exámen y llegaban á su noticia. Escritos en totalidad ó en extracto en una relacion breve, pero juiciosa é interesante, formaban un verdadero diario de lo acontecido en los últimos años de Carlos V, y evidencia todo lo que habia sido adulterado por falsas imaginaciones ó con marcada intencion de desfigurarle, no faltando también quienes por candidez ó tontería y por ignorancia desfiguran lastimosamente los hechos.

En el apéndice de la *Relacion histórica documentada* de Gonzalez, que así titula su manuscrito, se hallan las instrucciones dejadas por Carlos V á Felipe II sobre la manera que debía reinar, lo relativo á su abdicacion, su testamento y su codicilo, así como el inventario de los muebles y alhajas que tenia en el monasterio, y á la guerra que comenzó y se prosiguió durante su permanencia en Yuste entre Felipe II, Paulo IV y Enrique II. Algunos de estos documentos ya eran conocidos y los publicó Sandoval, pero ahora están ya muy comprobados.

III.

Encargado Gonzalez por Fernando VII de ordenar los archivos históricos y políticos de España, trasportados á Paris en 1808 y restablecidos en 1815 á Simancas, se aprovechó de su vecindad á Yuste, y á la vista de tan rica coleccion de documentos, pensó reunir los de todo el reinado del emperador; pero hubo de retroceder ante la inmensidad del trabajo, y se limitó á tratar la historia de Carlos V durante los últimos años de su vida, que eran los menos conocidos. Este manuscrito le dejó á su muerte á su hermano don Manuel, archivero de Simancas de 1825 á 1836, quien le ofreció á varios gobiernos de Europa, hasta que en 1844 le compró el gobierno francés por 4,000 francos y le depositó en sus archivos. A ellos acudieron multitud de escritores, y aquella rica coleccion sirvió de principal fundamento al lindo tomo que mister Stirling publicó en 1852 con el título *The cloister life of the emperor Charles the fifth* (1), y de la que se han hecho tres ediciones en Inglaterra, á la interesante *Crónica*

(1) Vida del emperador Carlos V en el claustro.

de la vida interior y política de Carlos V por Mr. Amadeo Pichot, y especialmente, y después de estos, la notable obra de Mr. Mignet titulada *Carlos V, su abdicación, estancia y muerte en el monasterio de Yuste*.

Con tales antecedentes, con la obra de Mr. Gachard, archivero general de Bélgica, que con el título de *Retiro y muerte de Carlos V en el monasterio de Yuste*, hizo con los documentos que copió en Simancas en 1843 y 44, con la



Monasterio de Yuste.

Correspondencia del emperador Carlos V, publicada en Leipsick, la *Historia de Fernando I*, en Viena, la *Colección de documentos inéditos sobre la historia de España*, en Madrid, las *Relaciones de los embajadores venecianos*, en Florencia, los *Papeles de Estado del cardenal de Granvelle*, en

París, y una relación nueva y detallada de la existencia religiosa de Carlos V en Yuste, escrita por un monje del convento, que la casualidad le hizo descubrir hacia el año de 1850 en los archivos de Brabante, y cuya relación es mas estensa y circunstanciada que la del mismo prior del mo-